

Libros

16

VIÑETAS

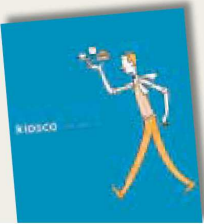
Bloqueo

Para superar su bloqueo creativo, el historietista Sam Zabel se lanza a una aventura por el interior de los cómics en esta historia que mezcla reflexión metaliteraria, humor y erotismo. «SAM ZABEL Y LA PLUMA MÁGICA». DYLAN HORROCKS. ASTIBERRI. 22 EUROS



Tati

La influencia de las películas de Jacques Tati en los cómics de Juan Berrio vuelve a quedar patente en esta historia sin palabras sobre el ajetreado día a día del animoso dueño de un café situado en el kiosco de un parque. «KIOSCO». JUAN BERRIO. DIBBUKS. 18 EUROS



Códice

Más que la de un cómic al uso, lo último de Roberto Massó tiene la estética de un códice medieval. De un códice medieval sobre los Power Rangers, para ser más exactos. «MEDIEVAL RANGERS». ROBERTO MASSÓ. DEHAVILLAND. 24 EUROS



TEXTOS: MANUEL MUÑOZ

Walk on the Wild Side

Panamá City

POR MANUEL VILAS



El paso de los buques por el Canal se retransmite como si fuese un partido de fútbol. Son las «cosas de Panamá»

Vuelo desde Atlanta a Panamá para participar en el Festival de Literatura Eñe. Es un vuelo de cuatro horas, sin cambio horario. No hay cola en los controles panameños de emigración, lo que me eleva a las alturas de sentirme un VIP. En esos controles me llaman «Señor Manuel» y me siento un oligarca posmoderno, porque eso es ser un VIP.

Ya estoy en Panamá, pero yerro con el nombre del océano que miran mis ojos. Creía que era el Atlántico, pero es el Pacífico. Da igual un océano que otro. Los dos son la misma cosa: agua y peces cabreados dentro. La filosofía del Canal de Panamá se basa precisamente en eso: en mover agua, y el agua es siempre igual a sí misma.

EL CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA en Panamá está en un lugar privilegiado, que se llama la Casa del Soldado, frente al mar. En un banco hay un tipo que se llama Manuel, es un negro envejecido. Toca un banjo. Andrea, que trabaja en el Centro Cultural de España, me dice que el negro Manuel se saca doscientos dólares diarios. Me fijo a ver qué hace. No hace gran cosa. Toca el banjo sin que se adivine ninguna melodía racional y entonces como una especie de salmodias ancestrales. «¿En qué lengua canta?», pregunto. Nadie lo sabe. Parece una mezcla de inglés y español y alguna lengua nativa. El caso es que funciona. Pienso en instalarme aquí. Doscientos dólares diarios no los gana un escritor en España. Podría recitar poemas de Lorca y tocar una bandurria.

Participo en una mesa redonda sobre

periodismo con el escritor peruano Iván Thays, quien hace un distinguo entre prestigio e influencia a la hora de caracterizar a los críticos literarios. Hay críticos que tienen prestigio, pero uno no se compraría una novela elogiada por ellos ni de coña. Y hay críticos que no tienen prestigio pero sí influencia: la gente se compra los libros de los que hablan. Bueno, todo es un decir, porque en realidad nadie se compra un libro. Pesan mucho y valen una pasta y molestan en la maleta y ocupan mucho espacio en las casas y en todas partes.

ME ENCANTAN LOS ABSURDOS rascacielos de Panamá City. Me hablan de que la plata aquí viene del blanqueo. «Pues a mí me interesaría blanquear algo», le digo por la noche a un tipo con pistola en un garito regentado por la mafia colombiana. «Pero tú qué haces aquí, muñeco», me pregunta el narco. Le

digo que he venido al Festival Eñe de Literatura. Me pregunta que cuánto quiero blanquear. Le digo que doscientos dólares. Me dice: «Muñeco, estoy de buen humor hoy y no te voy a plomear».

Los taxis son baratos y eso alegra a un muerto. Se come muy bien en Panamá. Cuando cae la noche los rascacielos hablan, gritan, dicen: «Algún día seremos como Nueva York». Y yo les digo: «Y yo algún día seré como Lou Reed, no te jode».

El escritor colombiano Juan Cárdenas me habla del Tapón del Darién, un espacio entre Colombia y Panamá donde la civilización termina y donde es imposible la comunicación terrestre. No hay carreteras. Si alguien con un Mercedes Clase S de 500 CV (es el mejor coche actual del

mercado) quisiera descender desde Alaska hasta la Patagonia, recorriendo la célebre carretera panamericana de 48.000 kilómetros, se quedaría varado en Panamá. Son unos ochenta kilómetros donde América vuelve a ser precolombina. No hay más que selva.

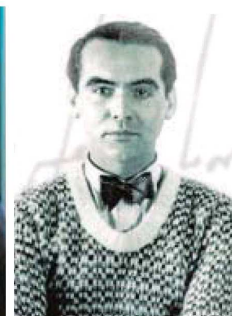
LA GENTE DICE que el Tapón del Darién es una reserva planetaria de la biodiversidad. «Hay que acabar con la selva»,

dice un panameño, en trance visionario, que tiene la triple nacionalidad (española, panameña y estadounidense). Lo dice en un bar de copas, en un ataque de ira contra todas las cosas, contra todo porque sí.

«Hay que construir casinos, universidades, carriles bici, estadios de fútbol, hospitales públicos para niños con cáncer terminal o para niños con dos cabezas, ese tipo de cosas, y McDonald's y plazas de toros, cientos de plazas de toros, en el Tapón del Darién, y acabar con los pajarracos y las lagartijas y las tarántulas y los monos y las cucarachas y sustituirlos por toros de lidia», añade. «A mí lo que me pone es la exaltación de la vida y de las grandes ciudades de la tierra», concluye.

La identidad panameña descansa sobre la celebración heroica del Canal. Cuando veo el Canal de Panamá me acuerdo del Canal de Suez. El mundo está interconectado. Panamá City ofrece a los turistas una visita al Canal. Retransmiten el paso de los buques de un océano a otro como si fuese un partido de fútbol. Grandes petroleros que deambulan por el mundo cambian de océano aquí.

Veo a la tripulación en cubierta. Sonríen. Están cambiando de océano y eso cuesta cien mil dólares. El Canal fue construido en 1914. Las puertas de las esclusas son las originales. Hay un tipo que se hizo el Canal nadando, creo que fue en 1928. Sale en una foto. Miro la foto del tipo, lo miro con detenimiento y sí, ese tipo soy yo.



Punto de encuentro

Eso es, para Manuel Vilas, Panamá, donde confluyen (de arriba abajo y de izquierda a derecha) Iván Thays, Lorca, Lou Reed y Juan Cárdenas